

Concepción sí tiene cuentas pendientes

ETA le rompió la vida. 34 años después volvió a Alsasua para encararse con los huidos

LEYRE IGLESIAS / Bilbao

Es sábado 15 de marzo y un par de horas antes Concepción Fernández Galán se ha subido a un coche para, casi de forma clandestina, plantarse con una pancarta frente a la Casa de Cultura de Alsasua, donde 150 terroristas huidos sin causas pendientes se presentan como «exiliados» y víctimas del Estado dispuestas a regresar a sus pueblos natales. Ella pisa el suelo 34 años después. También huyó de la localidad navarra, pero no por haber matado sino presa de un miedo atroz. Se fue en 1980, con 20 años, cuando los Comandos Autónomos Anticapitalistas, un grupúsculo de ETA, mataron a su marido, el joven guardia civil Aurelio Prieto Prieto, de 23. «Sólo por eso ha merecido la pena haber regresado a Alsasua», asegura. «Por mirarlos a la cara».

Una semana después Concepción habla serena, con cautela, desde su casa en Zaragoza. Reconoció la zona en la que se ubica la Casa de Cultura, cerca estaba su colegio. La edad de su hija, el bebé que una amiga le cogió de los brazos cuando la noticia del asesinato de su marido la partió por la mitad, mide el tiempo que llevaba fuera de su tierra. Dice que quizá no se exprese bien. Que «hay cosas que cuesta...».

¿Por qué se embarcó con Consuelo Ordóñez y Laura Martín en la ingrata hazaña de Covite? «Lees tantas noticias de que son los buenos, de que lo que hemos vivido no ha pasado...», apunta. Y se dijo: «Voy a buscar un poco de dignidad». Lo cuenta así:

«Llegamos. Nos miraban, no de frente, con los ojos bajos. Cuando Consuelo les entregó los papeles [el listado de los 400 asesinatos de ETA sin resolver] una mujer nos empezó a sacar fotos. Al ver que no nos amedrentábamos, nos señaló. Se han pasado toda la vida amenazando, están acostumbrados. Pero no nos retiramos. Queremos dignidad, memoria y justicia. Dicen que son vengativas».

«Venganza sería que yo cogiera una pistola. Si violan a tu hija, te apoyan para que el violador entre en la cárcel y cumpla su condena. ¿Por qué a nosotras no? Si quieren, que nos ayuden. Si tanto dicen, que nos ayuden. ¿A quién van a pedir perdón, a los muertos?»

Tenía 18 años cuando se enamoró en San Sebastián de Aurelio, un joven guardia civil de Llerena (Badajoz) destinado al País Vasco. «Éramos unos críos. Al año nos casamos, y nos vino una niña». Al principio vivieron en un piso normal. Pero la vida era difícil. «Una vez que te casas con un guardia civil... Yo tenía muchos amigos. Todos desaparecieron. La gente desaparece...». «Un hermano mío que estaba en Gipuzkoa me dijo que no fuera a su casa. Que podíamos quedar fuera, pero en su casa no».

«Iba por la calle con miedo. Todos los días asesinaban a uno, a dos, a tres». Repite la palabra «miedo». Ella quería que se marcharan del País Vasco porque «aquello no era vivir». «Pero a él le gustaba mucho su trabajo y le



Concepción Fernández y su marido Aurelio Prieto, en su boda. Poco después ETA lo mató. Tenía 23 años. / EL MUNDO

costaba tomar esa decisión». Se mudaron al cuartel de Intxaurren. Sólo duraron cinco meses entre sus paredes.

Cuenta que fue algo así como

Los asesinos de su marido no estaban en el pueblo: viven en Venezuela

El crimen prescribe en 2016. «Si tanto quieren la paz, que nos ayuden», dice

una escena que ya conocía, algo que tenía que suceder porque ocurría constantemente, a otros. «Las mujeres del cuartel te lo explicaban: verás a dos guardias civiles vestidos de uniforme en tu puerta. Y será que lo han matado». Así pasó. «Te derrumbas. Siempre piensas que te va a dar tiempo a salir del País Vasco».

Ocurrió en Tolosa (Gipuzkoa), pasado el mediodía del 21 de noviembre de 1980, viernes. Aurelio y sus compañeros Eduardo Izquierdo Marfil y José Blasco Aranda seguían dos pistas: el secuestro de un industrial recién liberado y los planes que la Guardia Civil conocía de secuestrar a un médico. Quienes iban a llevar a cabo esta acción revolucionaria en pos de la liberación nacional espe-

rabán en las inmediaciones de la ermita de la Virgen de Izaskun a que fueran a recogerlos. Aurelio y Eduardo los vieron y fueron a identificarlos mientras José aparcaba el coche.

«En vez de sacar el DNI sacaron las pistolas. Les cogieron por sorpresa. A mi marido lo hieren en un brazo y cae al suelo. El otro puede huir y se tira por la montaña rodando. Y mientras rueda ve cómo a mi marido le pegan un tiro en la cabeza. Ellos huyen, y hasta ahora».

La siguiente escena transcurre en un *Hércules* que lleva a la viuda y al cadáver a la tierra del asesinado. «Cambia todo tanto, da un giro tan radical tu vida». Aurelio Prieto es un número; su pequeña

Sigue en página 7

Sin extradición «por razones políticas»

España acordó no pedir a Venezuela la entrega de uno de los asesinos, según el sumario

L. I. / Bilbao

Con Aurelio Prieto no ha habido justicia y el crimen ha estado a punto de prescribir. El sumario, que Concepción Fernández logró hojear en la Audiencia Nacional hace cinco años tras múltiples trabas, señala dos nombres: Eugenio Barutiabengoa Zabarte, alias *Arbe*, y Jesús Ricardo Urteaga Repullés. Ninguno estaba el fin de semana pasado en Alsasua porque son huidos, pero con causas pendientes. Deportados por Francia a mediados de los 80, viven protegidos en Venezuela tras dejar Gipuzkoa regada de sangre con al menos seis asesinatos.

La causa judicial contra ellos se abrió en 1984. Hasta 1996 no se pi-

dió su extradición. Una hoja del sumario firmada por el director general de Asuntos Consulares el 22 de octubre de 1990 indica: «Altos cargos de este Ministerio de Asuntos Exteriores y del Ministerio de Interior acordaron en su día, por razones políticas, no dar curso a la solicitud de extradición de Jesús Urteaga Repullés a las autoridades de Venezuela». Cuando en 1996 España solicitó su extradición, la Interpol arrestó a Barutiabengoa, pero el Gobierno de Hugo Chávez lo liberó al considerar que la actuación policial violaba su soberanía.

En marzo de 2012 la Audiencia Nacional archivó los procesos abiertos contra ambos al considerar que



Hernández, a la izquierda, con Consuelo Ordóñez en Alsasua. / E. M.

las peticiones de extradición no servían para detener los plazos de prescripción de los delitos que habrían cometido en 1980. Ocho meses después el Tribunal Supremo revocó esa decisión: falló que la petición de extradición sí interrumpía los plazos. La nueva fecha es 2016.

Así que Concepción tiene dos años para lograr justicia. La ayuda Covite, una asociación que, al contrario que otras, matiza, «se mueve». La plataforma vasca de víctimas ha solicitado en reiteradas ocasiones al Gobierno español que exija la extradición de los etarras cobijados en Venezuela e incluso viajó al país para recopilar datos. «Los políticos hablan pero no hacen nada», lamenta esta mujer. «Te prometen y luego...».

Barutiabengoa tenía 24 años cuando supuestamente mató a Prieto. Nació en Mondragón, en

Sigue en página 7

Viene de **página 6**

y ella, también. En veinte días la Guardia Civil le ordena sacar todos los muebles de sus habitaciones en Intxaurreondo porque tiene que hacer sitio a otra familia.

Emprende un viaje imborrable en tren hasta San Sebastián para recoger sus cosas. No se le pasa por la cabeza establecerse en Alsasua. «A Alsasua cómo volvía. No tenía apoyo familiar, todos sabían quién era. Había ido con mi marido porque tenía a mi madre allí enterrada y notaba el rechazo».

«Una vida para mi hija»

Así que empezó otra vez. Volvió a Extremadura y unos años después acabó en la capital de Aragón, abandonando los tranquilizantes, casándose con otro guardia civil –siempre los ha llamado «compañeros»–, respirando, buscando algo: «Una vida diferente para mi hija». Aunque siempre tendrá una espina dentro: su joven marido muerto, sin que el crimen haya sido juzgado. Sus presuntos asesinos, deportados por Francia a mediados de los 80, viven en Venezuela, que se ha negado a extraditarles.

El suyo es uno de los 400 crímenes de ETA que no han sido aclarados y por los que no se ha condenado a nadie, según los datos de las asociaciones de víctimas del terrorismo. El Gobierno vasco acaba de anunciar un informe sobre este fenómeno.

Concepción cree que con gestos como el suyo quizá sean cada vez más los que se atreven a plantar cara a quienes ya no matan pero siguen alimentando el odio, ante quienes mataron y ahora desean una sociedad a su medida. Aunque en el País Vasco y Navarra haya quienes las tomen por «enemigas de la paz» y e incluso caigan tan bajo como para despreciar a estas tres víctimas porque el cartel que sujetaba ella tenía un error ortográfico en euskera –Twitter es un caramelo para los fanáticos–. «Si tanto quieren la paz», insiste, «que nos ayuden».